

FERNANDO SCHWARTZ



QUE VAYA
MENESES


ESPASA

FERNANDO SCHWARTZ
QUE VAYA MENESES



ESPASA  NARRATIVA

© Fernando Schwartz, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 654-2019
ISBN: 978-84-670-5342-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

VIAJE

De pie frente al aparador con todas las botellas de licores raros, «y destilados de patata», se dijo, Patricio Meneses preparó un vodka (cualquiera valía, los rusos lo bebían como si fuera agua) con una rodaja de lima previamente pasada por el borde de la copa y el contenido de una lata de agua tónica (esta sí, Fever Tree) congelada en la bandeja de la nevera para hacer cubitos de hielo. Era muy metódico, hacía estas cosas con parsimonia y con una atención al detalle que se le antojaba irritante, probablemente irritante en opinión de los demás. Aún no había decidido si se trataba de una virtud o un defecto, esta cosa suya de ser tan premioso con casi todos sus gestos. Le habría gustado saberlo; si era un hombre metódico o simplemente un pelmazo. No, pelmazo, no, ni hablar. No estando fuera de la parafernalia. Momento de debilidad. Por eso siempre andaba haciendo bromas.

Con la copa en la mano, se dio la vuelta y quedó apoyado contra el aparador, un delicado mueble Jorge III en caoba, de cuando estaba destinado en Londres. Contempló todo el salón paseando la mirada con lentitud de derecha a izquierda. Era un panorama que le encantaba, lleno de luz, cómodo, amplio, una pared repleta de libros y delante de ella, una vitrina con sus joyas más exóticas, piezas egipcias y oro de los hititas de procedencia más que dudosa. Enfrente, el gran óleo de Rothko, rojo, naranja y negro. A la derecha, el ventanal sobre la Castellana y, del otro lado del paseo abarrotado de coches, los Nuevos Ministerios.

Suspiró con contento.

—Nunca entiendo por qué estás tan satisfecho contigo mismo —dijo Fermina.

—Ni que fueras mi mujer. Sabes bien que soy una persona racional y que me encanta tener orden en mi vida.

—Racional te daba yo a ti.

—Fermina, ¿cuánto llevas en casa?

—Treinta y cinco años. Cuando llegué eras un mocoso que no levantaba un palmo del suelo.

—Pues no me des la lata. Mira, es sencillo aunque tú no lo entiendas. Seguridad, confianza en mí mismo. Y así puedo salir todas las mañanas con la tranquilidad de que no hay alteraciones, todo está bien. De este modo, puedo entregarme a hacer el bien a mi alrededor, que es a lo que me dedico y por lo que me pagan bastante bien. No te jode. ¿En el Barco de Ávila entendéis de estas cosas?

—Me estás diciendo que te vas otra vez.

—Pues sí, mañana.

—En qué líos andarás metido.

Meneses no contestó. Se limitó a encogerse de hombros. Luego, separándose del aparador, se encaminó hacia su habitación para hacer la maleta. Cosa sencilla: unas cuantas camisas de popelín ligero, dos guayaberas, tres pantalones de hilo en azul, blanco y beige, dos trajes de shantung azul noche, dos pares de bermudas (uno de dril por si el trópico), una corbata de seda de Hermès (no es que la fuera a utilizar, pero nunca se sabe), unos botines ligeros de ante, un par de zapatos de vestir (hechos a mano en Capri), ropa interior, calzoncillos, pijamas, cosas así, y un pequeño estuche de cuero negro conteniendo algunas herramientas de joyero, unas ganzúas de titanio y un par de cosillas electrónicas de tamaño microscópico. Algo que ver con la nanotecnología, creía Meneses, chorradas cuánticas de las que hacen en el MIT de Boston. Me han costado la hijuela de estraperlo, no están ni en el mercado. No sé si, para que funcionen, me las tengo que tragar como en las películas. Estás tonto, Meneses. Con esto no se juega.

—¿Y se puede saber a dónde vas? —preguntó Fermina desde la puerta.

—De verdad que pareces mi mujer. Voy a donde me parece. ¿Dónde has metido mis trajes de baño?

—En el otro armario. A ver si me traes algún regalo de esos que coges por ahí. ¿Cuándo vuelves?

—¿No me he ido y ya estás preguntando cuándo vuelvo?

2

VEINTICUATRO HORAS ANTES

—Cuéntame cómo está la cosa —dijo el ministro de Asuntos Exteriores.

—Bueno, ministro —contestó el subsecretario. Frunció el ceño—. La verdad es que bastante complicada.

—Conociéndote, debe de ser un desastre, pero me quieres evitar el disgusto.

—Claro. Para eso está el subsecretario del departamento.

Estaban sentados en el despacho del ministro en el palacio de Santa Cruz, en los dos butacones de terciopelo azul que había frente a la gran mesa de despacho. Dos de las paredes estaban cubiertas por sendos tapices de gran tamaño tejidos en la Real Fábrica sobre cartones de Goya que representaban escenas de la vida del Madrid de entonces. En una de las otras paredes colgaba un lienzo en el que aparecía el Peñón de Gibraltar rodeado por buques de guerra del XVIII, todos desproporcionadamente grandes para la escala del Peñón. En la pared de enfrente, dos ventanales se abrían sobre la plaza. Los dos viejos amigos siempre bromeaban sobre el despacho y bajaban la voz para hablar, señalando los tapices, seguros de que, detrás de ellos, las paredes estaban trufadas de micrófonos. «Uno para la embajada americana, otro para los ingleses, dos más para Moncloa y por lo menos tres para el CNI». A ninguno de los dos les parecía remotamente posible que fuera verdad y estuvieran siendo espiados por

tanta gente. Regularmente pedían a un servicio privado el rastreo de las paredes detrás de los tapices. Por si las moscas.

—Venga, Pedro, cuéntame.

—Bueno... República Democrática de Matambezi.

—Otra vez dando la matraca con eso. Este tema no ha hecho más que darnos dolores de cabeza.

—Ya, ministro. Pues vuelta a empezar.

—No hace falta que me lo recuerdes. Ya lo sé.

—No, si te lo digo por decir. Ya comprendo que un ministro lo sabe todo y lo tiene todo discurrido. ¿Tú lo tienes todo discurrido?

—Oye, menos coña. Claro que sé todo, ¡si no hemos hablado de otra cosa desde que estoy sentado aquí! La República de Matambezi, ahora democrática además. Una garantía de respeto a los derechos humanos...

—Claro. Cuando llegamos aquí hace tres años, el follón nos pilló por sorpresa: Wa-TuTu, el general Wa-TuTu dio su golpe de Estado. Echó al presidente legítimo...

—... Lo mató en su dormitorio.

—Vale, lo mató en su dormitorio, tomó el poder y se declaró presidente provisional hasta tanto no se celebraran elecciones. Y no parece tener muchas ganas de convocarlas.

—Wa-TuTu, ¿eh? ¿Qué querrá decir Wa-TuTu? León que come en la selva y no perdona a su enemigo. Apuesto a que es algo así.

—Pues sí, un animal que no respeta nada y aún no ha viajado al extranjero por miedo a que sus propios conmitones le den un golpe y lo maten al volver. —El subsecretario hizo una pausa—. El tipo no siempre fue así. Fue un líder de la independencia frente a Francia, popular entre su gente, muy querido, pero al final le pudo el dinero y, vaya, la ambición. Todo el poder para el padre del pueblo.

—Bueno, ¿y qué hay de diferente, salvo que han encontrado petróleo como todos los países de la zona? A la pre-

sidenta también le ha dado por preguntarme. Ya le he dicho que esto tiene poco remedio. Rompimos relaciones, ¿no?, justo antes de llegar nosotros. ¿A qué viene tanta historia? —Resopló—. He pedido a mi jefe de gabinete una nota-resumen por si hay que mandársela, pero tal como ha quedado no me parece suficientemente explícita.

—¿A ver?

El ministro le pasó un documento que tenía encima de la mesa:

NOTA.

De: Ministro de Asuntos Exteriores

A: Presidenta del Gobierno.

Asunto: República Democrática de Matambezi.

La República (hoy Democrática) de Matambezi es una antigua colonia francesa de enorme tamaño (1.000.000 km²) situada en el África ecuatorial, entre Gabón y el Congo Brazzaville. Arranca en el Golfo de Guinea, donde se encuentra la capital, St.Juste (2.000.000 de habitantes), en una estrecha franja de tierra que pronto se ensancha para seguir en paralelo al Congo Kinshasa hasta el Lago Kiwu en Ruanda. Obtuvo la independencia en 1970 tras una guerra colonial breve y de poco fuste.

La estructura demográfica de Matambezi sigue las líneas habituales del continente: dividida en tribus, tiene poco que ver con la distribución poblacional de un país tradicional. Las dos tribus más poderosas son la Mwanga en el Golfo y la Buyumbura en el extremo este del país. No tendría mayor importancia si no fuera porque los Buyumbura son una tribu ferozmente guerrera, independiente y temida. Tampoco tendría mayor importancia si no fuera porque controlan un enorme yacimiento de coltán, el mineral que se usa en la industria de la telefonía y los ordenadores; en toda la electrónica. Son de hecho los principales competidores del Congo Kinshasa en la producción y exportación del mineral, causante de terribles batallas (las guerras del Congo) que se han cobrado millones de víctimas.

Los buyumburas son los grandes desconocidos del continente: una sociedad cerrada que rechaza la presencia de extranjeros y no digamos del hombre blanco.

Lo que hace de Matambezi una presa comercial irresistible es, además del citado coltán, el enorme yacimiento de petróleo descubierto hace dos años, tanto en el mar como en el subsuelo.

Meses antes de anunciarse el descubrimiento, el general Wa-TuTu, antiguo alumno de la academia de Saint-Cyr y héroe de la independencia, un hombre muy querido en el país, dio un golpe de Estado y tomó el poder. Durante una noche de cuchillos largos, asesinó al presidente y barrió a sangre y fuego a quienes se oponían a él: se habla de 200.000 víctimas someramente ejecutadas. Una víctima aparentemente casual de la revuelta fue el Secretario de la embajada de España. Y un suceso nunca satisfactoriamente aclarado fue la muerte violenta de dos médicos, cinco monjas y tres enfermeras, todos españoles, que regentaban desde años atrás un hospital en la selva. Como consecuencia de todo ello, el Gobierno español rompió relaciones con el de St. Juste.

Para terminar, parece difícil ignorar la presencia e influencia en los acontecimientos de las grandes empresas petrolíferas norteamericanas, siempre apoyadas por agencias oficiales de Washington.

—Pues sí, no me parece lo suficientemente detallada, qué te voy a decir.

—Bueno, Pedro, se trataba solo de un pequeño recordatorio para ver si la desanimábamos, pero me barrunto que nuestra amada líder no está contenta con que hayamos roto con Wa-TuTu. Como si hubiéramos podido hacer otra cosa. ¡Si hasta al rey nuestro no le pilló allí de milagro! ¿Y tú te crees que fue un comandante entusiasta de la guardia personal de Wa-TuTu el que mató al pobre secretario de nuestra embajada? Un chaval recién salido de la escuela diplomática...

—Me acuerdo bien. Menuda putada. Estuvimos a un tris de mandar a los GEOS.

—Pues sí. Pero el generalote no es ningún tonto. El muy hijo de su madre enseguida le echó la culpa a uno de los policías supuestamente traidores de su escolta y lo ejecutó sobre la marcha. Vaya tipo. Nos pide perdón y nos manda al chico en una caja de cinc en avión. Y santas pascuas, aquí no ha pasado nada. Vaya semanita aquella: también se vino nuestro embajador. ¿Sabes que el ministro de entonces, mi predecesor, ni siquiera fue a recibirlo al aeropuerto? Esa no se me olvida.

—Ya.

—Y, con ser malo, no fue lo peor. Todavía me arde el estómago cada vez que lo pienso. No se me olvida, no. Esto nunca te lo he contado, pero, como era embajador en Washington, me dejaron seguirlo todo en el Pentágono, minuto a minuto. Un horror. ¡Nuestra pobre misión en el noreste de Matambezi! Un hospital que iba de miedo. A los diez se cargaron, médicos, enfermeras, monjitas... Y pretendieron que creyera que los médicos habían violado a cinco o seis nativas de la tribu buyumbura y que por eso... ¿Cómo me voy a creer semejante cosa? Para evitar el desastre y el derramamiento inútil de sangre, hice sobre la marcha una gestión urgente a través de los americanos. Wa-TuTu contestó que no podía hacer nada, que los ancianos de la tribu tenían su propia justicia y que él no podía entrometerse. Sin darnos tiempo a más, les cortaron el cuello a los diez. Así, zas, de la noche a la mañana.

El subsecretario había escuchado con la mirada fija en la alfombra.

—¿Te imaginas —dijo por fin— a dos médicos españoles metidos en la selva por pura generosidad violando a unas nativas enanas y más feas que Pichote? No sé lo que pasó, pero seguro que no fue eso. Qué sé yo, el brujo de la tribu que le tenía manía a la penicilina o al jarabe para la tos... ¿Cómo podría haberme olvidado de lo que pasó?

—Me da vergüenza no haber hecho nada. ¿Somos gente normal, tú y yo, o nos hemos hecho a la mierda?

—Bueno, rompimos relaciones. Hicimos bien. No quedaba otra —puntualizó el subsecretario.

—Bien mirado, dimos una imagen de firmeza que nos vino bien. ¿A quién más nos trajimos de vuelta?

—Al diplomático que quedaba allí, al consejero comercial y al canciller... Y echamos al embajador de ellos en Madrid. A él no le debió de importar mucho estando acreditado aquí y residiendo en París al mismo tiempo. La acreditación múltiple es lo que tiene.

—Y tres años después, vuelta a empezar: por lo que me huelo, nuestra líder quiere reanudar relaciones con estos bestias y yo me tengo que comer la tostada...

—Me temo que sí, ministro.

—Pues sí que nos hemos hecho a la mierda, sí. Me gustaría que esta broma le cayera encima a la presidenta. Se apunta todas las buenas. Para una que le saliera mal...

El subsecretario levantó la mirada hacia los tapices del despacho e hizo un gesto precavido hacia su jefe y amigo.

—Aquí las paredes oyen.

—Ya, ya. Bueno, bah, pues que oigan. No hay más remedio que reanudar relaciones con la muy democrática república de Matambezi, ¿eh?

—Pues sí. Porque lo que han descubierto allí es una animalada. Hombre, todavía no han empezado a extraerlo a lo bestia, pero ya tienen montada la infraestructura... Puertos, puntos de embarque del crudo... construidos como si no diera tiempo...

—Y, si lo entiendo bien, no podemos permitirnos quedar fuera de la tarta ahora que los saudíes, los iraníes y los demás íes han decidido limitar la producción para mantener los precios...

—La OPEP es así. Estaban peligrosamente cerca de bajar de los veinticinco dólares por barril y por una vez se han puesto de acuerdo. Van a subir a sesenta o sesenta y cinco, como sabes.

—¿Y cuándo se hará público?

—¿Lo de la OPEP? Ya mismo. Y lo de Matambezi tiene a los mercados a punto de correrse. Y no solo es petróleo, Nacho, es gas.

—No hace falta que me lo jures. Estamos ya embalados por lo que veo: esta mañana me ha llamado mi colega de Economía. Y, cinco minutos después, el de Industria. Y, dos minutos después, la presidenta. Ha convocado una reunión para después de comer. Esta Nota —dijo agitándola sin entusiasmo— no sirve de gran cosa. Demos por hecho que todos conocen las generales de la ley. Dile al director de relaciones económicas que me prepare para ayer un informe completo sobre las maniobras de la OPEP y sobre las reservas de Matambezi, sobre los que se nos han adelantado en la explotación allí, nuestras posibilidades y lo que se supone que podemos hacer. Lo quiero sobre mi mesa dentro de un par de horas.

El subsecretario descolgó el teléfono y pidió que le pusieran con el director de económicas. Cuando lo tuvo en línea, le repitió las instrucciones del ministro.

—Te lo traerá enseguida. Con lo fuguillas que es, seguro que ya tiene escrito algo sesudo.

—Bien. No sé qué me dirá la presidenta. Bueno, sí sé, pero cuándo y cómo...

—Te dirá que adelante, que vayamos a lamerle el culo al generalote, pero sin que se nos note. ¿Te gustan los culos negros? Hay que quedar bien. —De pronto se dio una palmada en un muslo—. Cojones, ministro, ¡presidimos el Consejo de Derechos Humanos de la ONU! ¿Cómo vamos a darnos de besos con un asesino, así, de la noche a la mañana? Se nos va a notar muchísimo. Ya verás los periódicos. Quedaremos fatal: la sutileza es lo que es. Con el culo al aire. ¡Estupendo! —Bajó el tono—. Lo siento, ministro, es que estas cosas me cabrean de verdad. Pienso en cuando tú y yo corríamos en la universidad para que no nos sacudieran los antidisturbios. ¡Libertad! ¡Democracia! Corríamos por la Gran Vía y por la plaza de España acojonados. Pues sí. Vaya bajón de *look*. —Suspiró—.

Bah, habrá que encontrar un modo de que sean ellos los que nos pidan volver a abrir nuestra embajada, que sean ellos los que nos pidan que vayan nuestros técnicos y nuestros capitales y que les perdonemos la vida. Y que nos vuelvan a pedir perdón, pero públicamente, por lo del secretario de embajada y lo de los médicos y las enfermeras.

—Y las monjitas..., no te olvides de las monjitas. Ya me dirás cómo se hace esto que propones. —Guardó silencio durante unos momentos con la cabeza agachada. Luego la alzó con decisión—. Bueno, tal vez ofreciéndoles bajo cuerda hacerlos miembros del Consejo de Derechos Humanos. Yo creo que venderían a su madre con tal de sentarse en él. La respetabilidad, Pedro, la respetabilidad. Es lo único que quieren. Vale, pero a cambio de ser ellos quienes nos pidan la reconciliación, ¿eh?

Sonrió.

—¿Por qué no, ministro? Ventajas de la *realpolitik*. Y las tiene, ya lo creo que las tiene. Si estás dispuesto a taparte la nariz para que te parezca que no huele a podrido, te permite jugar con todo. Porque además, como sabes, en esta historia, lo del crudo y el gas no es lo más importante para nosotros.

El ministro levantó las cejas.

—Es el coltán.

—En la región llevan en guerra por el dichoso mineral desde hace unos años. ¡Su padre!: seis millones de muertos. Se dice pronto.

—Pues eso... Solo que hasta ahora, ministro, Matambezi no figuraba entre los poseedores de minas de coltán.

—Pero ahora sí.

—Pues sí. Y, como dice el memorándum este, en el interior de Matambezi, en lo que es Buyumbura, en el límite de la frontera con Zaire, es donde están las brutales reservas de coltán sin explotar... Parece que las condiciones geológicas son idénticas a las de las minas en el Zaire, en Uganda, en Burundi... Es inevitable que a subsuelos igua-

les, minerales iguales... En fin, eso creo. No estoy muy al tanto de estas cuestiones geológicas. Los americanos, los rusos y los franceses están intentando mandar a geólogos e ingenieros de minas para hacer prospecciones. Lo que pasa es que no tienen fácil llegar. La gente de Matambezi, además de muy bestia, es muy dura de pelar. No se avienen a nada...

—¿Y sabes quién financia esas guerras?

—El coltán. Sí, señor. La pescadilla que se muerde la cola. La guerra por el coltán se financia con la exportación de coltán. No me fastidies. Si Matambezi se suma a los explotadores, habrá más follón seguro. Parece que el Zaire es el principal productor de coltán, al menos del África central. Con un descubrimiento así, Matambezi se convertiría en su competidor directo en el mercado mundial. No les va a gustar nada. Menudos son los zaireños.

—Qué disparate —dijo el ministro.

—Pues sí, el que consiga los derechos de explotación en Matambezi acabará controlando el mercado del tantalio y, con eso, el principal componente en la industria electrónica. Si nos metemos ahí... Sería bonito, ¿eh? Dejarnos de petróleo y gas...

—Como que nos van a dejar los americanos. Pero, digo yo, los de Matambezi bastante tienen con el petróleo y el gas, ¿no?

—Pues no. Si con el petróleo se han convertido en el país más rico de la zona, añádele el coltán. No va a ser fácil para nadie, ministro, entre otras cosas porque Buyumbura, rodeada por los peores asesinos depredadores que andan sueltos por ahí, guerrillas, bandidos, sátrapas, dictadores, es, según dicen, un remanso de paz rodeado de lobos y está en manos de esta única tribu, que integran además los guerreros más fieros de África. Nadie se atreve con ellos... Vaya, imagino que los gringos acabarán montando algún tipo de operación para llegar allí como salvadores de la patria; y luego se establecerán y los esquilmarán. Como ya están en el resto del país...

—No. Los gringos no quieren abrir esa zona de explotación del coltán. Prefieren sentarse encima y esperar a que desaparezca la tensión. Lo que quieren es estar preparados, que lo sé yo.

—Y España se va a meter, hale, sin encomendarse a Dios ni al diablo. Venga, hombre.

—Eso te dirá la presidenta: que te las ingenies.

—¡Pero es imposible! O sea que tengo que restablecer relaciones con esta gente, reabrir la embajada, encontrar a un tipo al que nombrar para que se siente allí jugándose la vida como embajador y que además sea capaz de encontrar un modo de colarse entre los grandes para llegar al mercado del crudo. Y eso es solo lo primero. Ni en sueños, Pedro. Y luego, además, tengo que hacerme con la minería del coltán de Matambezi antes que nadie. Estás de broma. Ni que fuera Bismark y tuviera cañoneras.

—No está fácil, no, ministro. Se me ocurren dos cosas, así, sobre la marcha. Una, que olvidemos el crudo y nos concentremos en el coltán para llegar antes que nadie...

—Si pudiéramos. Pero me parece que ya hemos perdido el tren.

—Hombre, supongo que sí, pero hay que intentarlo. ¿Y si sale? Si llegamos primero y acabamos asegurándonos la exclusiva... Sería bonito que un español se adelantara y se pusiera en medio a chulear. —Puso los ojos en blanco—. Con el animal que los yanquis han elegido de presidente... es capaz de cualquier cosa. Hay que meterse antes. Y, desde luego, tiene que ir alguien ya mismo a la república democrática —añadió levantando la mirada, no sin aprensión, hacia la enorme araña que iluminaba el despacho—, alguien, cómo te diría..., alguien expeditivo...

—Ya sé quién dices. Pero eso... Jodeer, Pedro.

—... Alguien capaz de resolver los problemas sin andarse con fruslerías, de sobornar a quien sea a cualquier precio, digo bien, a cualquier precio. Si es que los problemas se pueden resolver sin pecar de diletantes y sin que estalle

un escándalo público de primera que nos deje con el proverbial culo al aire.

El ministro se echó para atrás en su butaca. Estuvo un rato en silencio, así, recostado, hinchando y deshinchando los carrillos como si resoplara alguna melodía wagneriana. Luego se incorporó de nuevo y dijo con resignación:

—Que vaya Meneses.